2025

NOVELA

Gaza Resiste

Sufrimiento Inolvidable

Escrito por:
ESRAA MANSOUR

Novela:

Gaza Resiste

Un sufrimiento inolvidable

.

Escrito por:

Esraa Mansour

.

Edición electronica

2025

Dedicatoria:

A las almas que no esperaron la cámara de los medios para dar testimonio…
A las manos que ofrecieron pan y medicinas antes que consignas…
A los corazones que se rompieron cada día a miles de kilómetros de distancia…
Y a cada persona que dijo: “Gaza está en mis ojos”… y en verdad, la llevó en sus lágrimas y en su conciencia.

Gaza antes de la tormenta

Antes de que el estruendo de la última guerra golpeara a Gaza, la ciudad vivía un ritmo sencillo, pero lleno de vida. Sus calles despertaban con la primera luz del día, se alzaban las voces de los vendedores llamando a sus productos, y de los mercados emanaba el aroma del pan recién horneado, mezclado con el perfume del café servido en pequeñas tazas sobre los umbrales de los cafés. Los niños, con sus uniformes escolares, llenaban las calles con movimiento y risas, y los jóvenes se repartían entre escuelas y universidades, cargando libros, cuadernos y grandes sueños aún intactos por el polvo de la destrucción.

La vida era segura en la medida en que lo permite una ciudad sitiada, pero lo suficientemente segura como para hacernos sentir que el mañana sería como el hoy, y que traería consigo el pan, la escuela y las reuniones

familiares alrededor de la mesa. Los mercados no estaban vacíos, y los precios no aplastaban a los hogares; todos podían comer, comprar, vivir con dignidad. Incluso el asedio, con todo su peso, no lograba robarle a Gaza su belleza sencilla; la vida estaba presente, las necesidades básicas cubiertas, y la gente vivía con lo mínimo como si fuera mucho.

En ese entonces, yo estaba en mi tercer año de la facultad de medicina. Tenía en mis manos el libro de anatomía y me imaginaba, dentro de unos años, vistiendo una bata blanca, moviéndome entre las habitaciones de los pacientes, aliviando su dolor y practicando la profesión que tanto había soñado. Era ambiciosa, estudiaba hasta tarde, y soñaba con destacar de una manera que hiciera justicia a todo el esfuerzo invertido. Cada vez que alzaba la vista del libro, veía una imagen clara del futuro, brillando como el horizonte después de un largo atardecer.

En casa, mi padre era un pilar inamovible. Nunca permitió que nos faltara nada, y todo lo que nos daba venía con un sentido de seguridad y respaldo. Las reuniones familiares al atardecer eran como un corazón latiendo, reuniendo los fragmentos del día y devolviéndole a nuestras almas su calor. Nos sentábamos alrededor de una mesa modesta, compartiendo historias y risas, y el lugar se llenaba de una sensación de plenitud que no provenía de la abundancia de comida, sino del amor abundante. Los amigos también eran otra forma de vida: encuentros en cafeterías, paseos por la playa, veladas en las que planeábamos el futuro y reíamos de los detalles del presente.

Gaza no era una ciudad sin cicatrices. Vivimos muchas guerras y probamos el sabor amargo del miedo y la pérdida. La tristeza cubría la ciudad por momentos, pesaban las noticias de los mártires y los funerales teñían el ambiente de duelo. Pero aprendimos a levantarnos rápidamente, a volver a

nuestras calles y escuelas, a continuar nuestras vidas como si le dijéramos al mundo: *no nos quebrarán*. Después de cada guerra, Gaza volvía a ponerse su vestido sencillo y seguía viviendo como si fuera una ciudad nacida del polvo, pero que se niega a extinguirse.

Hoy, al recordar esos días, descubro que vivíamos una verdadera bendición que no supimos valorar. Considerábamos la rutina como una carga, nos quejábamos del cansancio de los días y de su monotonía. Pero no sabíamos que esos pequeños detalles —la voz del muecín al amanecer, el aroma del pan caliente en la mañana, los autobuses llenos de estudiantes, la cena en familia— eran lo más valioso que teníamos.

Gaza antes de la tormenta no era solo una ciudad, era un gran abrazo, un hogar lleno de sencillez y tranquilidad, una patria que sabía cómo dar alegría a sus hijos a pesar de toda su dureza. Y hoy, no pedimos lo imposible… solo que regrese un día de aquellos, un día

de esa rutina que consideramos agotadora, pero que en realidad era un pequeño paraíso que se nos escapó de las manos.

La primera explosión

Eran casi las siete de la mañana, una hora en la que las casas suelen despertarse con sonidos habituales: pequeños despertadores, pasos de estudiantes, y el aroma del pan recién horneado que se escapaba de las panaderías cercanas. Nadie imaginaba que esa mañana cambiaría su rostro con tanta crueldad. De pronto, se escuchó un sonido extraño, como si viniera del corazón del cielo, un sonido pesado, distinto a cualquier otro. Era como si la tierra misma hubiese temblado bajo nuestros pies. En ese momento supimos que algo extraordinario había comenzado, algo que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Saltamos todos de nuestras camas con pánico, intercambiando miradas confusas. Nadie sabía de dónde venía ese sonido ni qué significaba. Los niños pequeños ya llevaban puestos sus uniformes escolares y estaban

listos para salir, pero se quedaron congelados en su lugar, con las mochilas en la espalda y los ojos fijos en el cielo. Nadie pensaba ya en salir; las calles parecían atrapadas por las preguntas, y el mismo aire gritaba con un peligro inminente.

Encendimos el televisor apresuradamente, y las noticias informaban que habíamos iniciado un ataque contra el Estado ocupante. Dentro de nosotros había una mezcla contradictoria: una extraña alegría porque la iniciativa había sido nuestra, porque ya no estábamos en silencio frente a años de opresión. Pero esa alegría estaba mezclada con un miedo profundo ante la magnitud de la respuesta que todos conocíamos. Porque nosotros teníamos la voluntad… pero ellos tenían las armas.

Se anunció la suspensión de las clases ese día, y la vida se detuvo de repente. Las horas siguientes pasaron con una lentitud pesada, horas de un “silencio inquietante”. Como si toda la ciudad

contuviera el aliento. Las calles estaban vacías, los rostros llenos de preocupación, los ojos clavados en el cielo esperando lo que vendría. Pasaron diez horas seguidas sin escuchar más que sonidos esporádicos y lejanos, como señales de lo que estaba por llegar. Y entonces, de repente, comenzaron las explosiones desde todos los rincones, y ya no había dirección segura.

Las noticias llegaban una tras otra: el número de mártires aumentaba, los heridos eran llevados a hospitales desbordados, y las declaraciones confirmaban que la guerra había comenzado realmente. Pero todo eso aún parecía lejano… hasta que ocurrió la primera explosión en nuestra calle. Fue entonces cuando la guerra dejó de ser una noticia y se convirtió en una herida personal.

En un instante fugaz, el cielo sobre nosotros se encendió de un rojo ardiente, como si la noche se hubiera transformado en fuego. Las paredes

temblaron, las ventanas se rompieron, y los vidrios volaron por todos lados. La electricidad y el internet se cortaron, y la calle se sumió en una oscuridad espesa, interrumpida solo por las lenguas de fuego que salían de la casa de nuestro vecino, que había sido impactada directamente.

El polvo llenó la habitación, como si un muro de arena se hubiese derrumbado sobre nosotros. Me quedé inmóvil en una esquina de la casa, el cuerpo incapaz de moverse, paralizada por el miedo. El sonido seguía retumbando en mis oídos, y el olor a humo invadía mi nariz. Todo a mi alrededor parecía distorsionado, una escena que superaba la capacidad de comprensión.

La casa atacada ardía ante nuestros ojos, y los gritos de los vecinos se mezclaban con el sonido de las ambulancias que recorrían la calle sobre los vidrios rotos. Los paramédicos corrían, sacando cuerpos de entre los escombros, mientras la

calle parecía una ciudad fantasma. Nadie se atrevía a salir, como si la vida se hubiera detenido por una orden no pronunciada.

Cuando cayó la noche, nos reunimos como familia en la sala central de la casa, con la esperanza de que fuera el lugar más seguro. Pero la verdad que todos sabíamos era que no había lugar seguro en la guerra. Nos sentamos muy juntos, como si nuestros cuerpos sacaran fuerza de esa cercanía, susurrando versos de oración y levantando las manos con un ruego temeroso. Dormir era imposible, y cada sonido afuera despertaba en nosotros la posibilidad de la próxima explosión.

Esa noche comprendimos que nuestra vida anterior había terminado. Ya no éramos simplemente habitantes de una ciudad costera; nos habíamos convertido en parte de un campo de batalla abierto. La primera explosión no solo destruyó la casa de nuestro vecino, sino que también destruyó la ilusión de seguridad a la que nos

aferrábamos. Desde ese momento, el miedo se convirtió en nuestro compañero, y el cielo, al que antes mirábamos con tranquilidad, comenzó a amenazarnos a cada segundo.

Bajo el cielo en llamas

La noche en Gaza era como una trampa oscura. No había luna que iluminara la oscuridad ni estrellas que brillaran en el cielo, solo una negrura espesa esperando ser desgarrada por el destello de las explosiones. Casi cada minuto, el cielo estallaba en luz, se incendiaba con un rojo intenso que se extendía por todo el horizonte, antes de que el estruendo ensordecedor cayera, sacudiendo la tierra y haciendo temblar de nuevo las ventanas rotas.

Toda la ciudad respiraba al ritmo de esas explosiones. Los momentos de oscuridad asfixiante no duraban mucho; cada pocos segundos, aquella luz aterradora volvía a convertir la noche en un infierno suspendido sobre nuestras cabezas. No era una luz que brindara seguridad, sino que cada destello era una bofetada que nos recordaba que la muerte se acercaba en cada instante.

Los colores del cielo no eran naturales. El rojo, el naranja, y el blanco cegador de las bombas térmicas se convirtieron en parte del paisaje nocturno de la guerra. La luz blanca era más cruel que la explosión misma, pues revelaba la tierra y las casas, dejando a toda la ciudad desnuda ante los ojos de los aviones. La noche, que se suponía debía ser un refugio, se transformó en una traición, delatando todo lo que intentábamos ocultar.

El olor a pólvora y humo impregnaba el aire sin descanso. Ya no era un aire puro, sino cargado con la amargura de lo quemado, que entraba en los pulmones y los hacía más pesados. Con cada explosión, las nubes se abrían a una densa polvareda y un olor penetrante que se extendía desde las calles hasta el interior de las casas, hasta que el lugar entero quedó saturado con la memoria del fuego.

Las calles parecían congeladas. Sin movimiento, sin coches, sin sonidos

más que el de las explosiones sucesivas. La ciudad se convirtió en un pueblo fantasma: casas a oscuras, ventanas rotas, y las calles cubiertas de vidrios esparcidos. Y con cada luz roja que llenaba el cielo, los cristales brillaban como brasas dispersas sobre el suelo.

El tiempo durante la noche no pasaba. Cada minuto era lo suficientemente largo como para sembrar decenas de miedos. Vivíamos entre explosión y explosión en un estado de espera asfixiante, anticipando dónde caería el próximo bombardeo, en qué momento se transformaría el silencio en destrucción. El silencio que precedía al estallido a veces era más cruel que el propio estallido, como si fuera la calma de la muerte antes de hablar.

Pasaron muchas noches así, hasta que la noche misma se volvió sinónimo de terror. Ya nadie la esperaba para descansar del día, sino que la temían, deseando que el sol nunca se pusiera. Porque, aunque el día era duro, al

menos aliviaba el espanto de las luces rojas; mientras que la noche se convirtió en una prisión encendida por el miedo cada pocos minutos.

Bajo el cielo en llamas, aprendimos que la oscuridad ya no era amiga ni refugio, sino cómplice en revelar nuestra fragilidad. Cada destello en el horizonte resumía la historia de toda una ciudad, una ciudad que vive entre el fuego del cielo y el silencio de la tierra, entre una muerte repetida y una vida que insiste en aferrarse a lo que queda de esperanza.

El éxodo por los caminos de polvo

El desplazamiento fue la experiencia más dura que viví, el momento en que sentí que la tierra se me escapaba bajo los pies y que la casa que me protegía ya no podía hacer nada. Ese día no hubo tiempo para pensar; todo sucedió deprisa, y aun así cada detalle quedó grabado en mi memoria como si hubiera ocurrido ayer. La calle se llenó de repente de gente: vecinos y parientes, mayores y pequeños, cada uno cargando algo en sus manos: una maleta, una bolsa, una manta enrollada a toda prisa. Algunos empujaban carretas viejas cargadas con lo que podían, y otros caminaban con las manos vacías, como si hubieran salido solo con sus almas. La escena era como un cortejo colectivo que no sabía hacia dónde iba, pero sí que debía marcharse.

El callejón que solía rebosar de vida quedó vacío en minutos. El eco de las

voces golpeaba las paredes derrumbadas: llanto de niños, gritos de hombres apremiando a sus familias a darse prisa, motores de coches que se agolpaban en la carretera angosta y pasos apresurados levantando polvo en cada rincón. No había orden ni dirección, solo un empuje colectivo por escapar del círculo de la muerte. Yo estaba de pie en la puerta de casa, observando, sin querer moverme. La casa quedaba detrás de mí, como si me mirara, como si se negara a dejarme partir. No podía comprender que ese instante realmente había llegado, que estaba obligada a dejarlo todo y marcharme.

Mi familia tomó la decisión: quedarse era imposible y los bombardeos se acercaban. Intenté resistirme, aferrarme, pero las palabras de mi madre me atravesaron: *«Si te quedas aquí, morirás.»* Ya no tenía elección. Salí obligada, con lágrimas cayendo y la mano temblorosa sosteniendo una pequeña mochila en la que guardé algunos papeles, fotos y objetos que

sentía como lo más valioso de mi vida. Pero sabía que una sola mochila no podía contener toda una vida, que por mucho que cargara siempre sería poco, y que estaba dejando atrás mucho más de lo que llevaba conmigo.

Caminaba por la carretera mientras el polvo llenaba el aire, el sol abrasaba desde arriba y la tierra bajo los pies parecía rehusar soportar tanto peso de cuerpos y cargas. Los niños lloraban, algunos dormían sobre los hombros de sus madres; las mujeres, agotadas, sudaban lágrimas y cansancio; los hombres trataban de ocultar su impotencia arrastrando lo que quedaba de sus muebles en carretas o vehículos sobrecargados. Hasta los animales iban con nosotros en la larga procesión: burros y bestias tirando de carros de madera desvencijados, perros callejeros corriendo asustados junto al camino. Todo en aquel lugar era un retrato del éxodo, incluso el aire estaba impregnado de polvo y de miedo.

Caminaba con el cuerpo adelante, pero con el alma atrás. Sentía que dejaba la casa poco a poco, como si abandonara mi corazón en cada habitación, en cada puerta, en cada rincón. La casa no eran solo paredes y muebles, era mi infancia, mis recuerdos, toda mi vida. Con cada paso lejos de ella, la tristeza se multiplicaba. Traté de engañarme como hacían los demás, me dije: *«Dos días y volveremos.»* Pero por dentro sabía que no sería tan simple, que el regreso no estaba asegurado.

El camino era como un libro abierto que narraba historias de pérdida. Rostros cansados hablaban sin palabras, miradas fijas sin saber dónde posar. Una mujer cargaba una bolsa con todo lo que quedaba de su mundo; un hombre llevaba a su hijo dormido sobre el hombro y miraba al horizonte como buscando una patria nueva. Niños se agarraban de las manos con miedo a perderse; ancianos caminaban en silencio, como en un funeral colectivo. No había familia sin

una herida nueva, y cada cual creía que la suya era la más profunda.

El andar era pesado, interrumpido solo por el eco de los bombardeos lejanos, como si nos persiguieran para recordarnos que no huíamos más que hacia una estación temporal. Caminábamos sin rumbo, sin saber dónde parar ni cuándo volver. El único objetivo era alejarnos, ganar horas de vida. Y aun así, una pregunta me resonaba: ¿el lugar al que vamos será realmente seguro? ¿O solo otro camino hacia una muerte aplazada?

El día era duro por su calor y su polvo, y la noche más cruel aún por su frío y soledad. Bajo el sol ardiente caminábamos empapados de sudor, arrastrando los pies cansados; en la noche avanzábamos bajo un silencio interrumpido por el silbido de los aviones sobre nuestras cabezas. Ya no había tiempo para dormir ni descansar, solo pasos seguidos sobre los caminos de polvo.

El desplazamiento no ocurrió una sola vez, sino que se repitió como una pesadilla. Cada vez nos obligaban a partir de nuevo, dejando algo más atrás: libros, ropa, fotos, sueños aplazados. Con cada huida nos volvíamos más ligeros en equipaje y más pesados en memoria. Era como si nos consumiéramos poco a poco, hasta quedar solo cuerpos cansados cargando corazones llenos de pérdida.

El éxodo no fue simplemente mudarse de una casa a otra, fue el derrumbe del sentido mismo de «hogar». La casa se volvió más una idea que un lugar. Llevábamos la patria entera en una pequeña mochila, en una foto doblada, en una lágrima que no se seca. Y cada vez que partíamos sabíamos que perdíamos algo que nunca recuperaríamos.

El éxodo por los caminos de polvo no fue un viaje pasajero, sino una herida abierta que nos acompaña a diario. Fue un despojo de la vida que conocíamos, un empuje hacia una vida

temporal que no nos pertenece. Es la mayor pérdida: la sensación de caminar sin raíces, como una rama rota arrastrada por el viento. Partíamos en grupo, pero cada cual cargaba en soledad el peso de su pérdida. Y todos sabíamos que el desplazamiento no era el final, sino el inicio de una larga cadena de partidas.

Casas sin muros

En la primera noche del desplazamiento no teníamos nada salvo unos cuantos trozos de tela colgados como fuera, para cubrir los bordes a nuestro alrededor, mientras el cielo permanecía descubierto sobre nuestras cabezas, sin techo que nos protegiera ni muro que detuviera el viento. El frío era brutal, como si apuñalara nuestros cuerpos cansados, y el aire nocturno se colaba desde todas partes como un enemigo al que no podíamos cerrar la puerta. Dormir en un lugar sin paredes ni techo era una pesadilla que no habíamos conocido antes: una sensación de fragilidad absoluta, como si estuviéramos desnudos frente al universo con toda su crueldad. Dormir no era posible; los ojos abiertos, las lágrimas que no se detenían, y las respiraciones corriendo al compás de corazones aterrados.

Nos tendimos en el suelo, intentando cubrirnos con las pocas mantas que nos quedaban, pero aquellas no eran más que una capa débil ante el frío de la noche. Tiritábamos mientras mirábamos el cielo, un cielo que no estaba vacío ni en calma, sino lleno de aviones de todo tipo. Sus ruidos no cesaban, rondándonos como aves de muerte, produciendo sonidos continuos como recordándonos que estábamos expuestos bajo su mirada. Y a cada minuto llegaba una explosión que iluminaba el cielo de un rojo oscuro, desgarraba la penumbra y sacudía la tierra y los corazones a la vez. La luz no era pasajera, sino que nos clavaba más miedo que el propio sonido.

Aquella noche no terminó. El tiempo parecía detenido, como si las agujas del reloj se negaran a moverse. Nos quedamos esperando el amanecer como un náufrago que se aferra al último aliento. Y cuando al fin llegó, su luz no fue ni cómoda ni tranquilizadora, pero al menos significaba que la noche

había terminado, que esas horas suspendidas en la oscuridad habían pasado lentamente. Con la mañana empezamos a intentar ordenar nuestra tienda, extendimos la tela de manera más clara, atamos el plástico con cuerdas, fabricamos algo que pareciera un refugio. Su aspecto era ridículo en su sencillez, pero para nosotros era un intento de decir que seguíamos vivos, que podíamos resistir un día más.

Pero la tienda nunca fue una casa. Nunca tuvo el olor del hogar ni su calor. Era un lugar temporal que nos recordaba a cada momento que éramos huéspedes de la intemperie. En verano se convertía en un fuego sofocante, absorbía el calor del sol y lo retenía dentro hasta ahogar a quienes estaban en su interior. En invierno se volvía como un colador, la lluvia la atravesaba por todos lados, deslizándose gotas de agua sobre nuestros cuerpos y rostros mientras intentábamos dormir. No había techo que detuviera el frío ni muro que protegiera del viento, solo tela gastada

con la que intentábamos convencernos de que era un refugio.

Cada vez que levantábamos la tienda e intentábamos organizar nuestra vida dentro de ella como si fuera una casa verdadera, los bombardeos volvían a alcanzarnos y nos obligaban a dejarla y trasladarnos a otro sitio. Construíamos una casa de tela y plástico, luego la destruíamos con nuestras propias manos para marcharnos. Hacíamos otra, y otra vez la dejábamos atrás. Una cadena continua de desplazamientos, sin ningún sentimiento de estabilidad. Y con cada traslado perdíamos algo: una parte del mobiliario, una parte de la ropa, una parte del alma.

Pero a pesar de todo esto, la esperanza seguía presente, aunque fuera débil. Nos decíamos a nosotros mismos: algún día volveremos . Esa promesa sencilla era lo único que nos daba la capacidad de soportar la vida en las tiendas. La idea de que vivíamos aquí temporalmente, para luego volver

a nuestras casas verdaderas, a nuestras paredes, a nuestro techo y a nuestras habitaciones que nos habían guardado y que habíamos guardado. Esa esperanza nos daba fuerza, aunque fuera tan frágil como la propia tienda.

Hasta que llegó el día en que toda esperanza se desvaneció. La noticia no vino de golpe, sino que se filtró como una puñalada lenta: la casa ya no existía. La casa que dejamos con la ilusión de volver, la que había sido nuestro sostén y refugio, se había convertido en cenizas. Fue atacada, quemada por completo, sin paredes ni cimientos. No fue un bombardeo cualquiera, sino un borrado total de la casa, de la calle y de lo que la rodeaba.

Cuando escuché la noticia, sentí que la tierra se abría bajo mis pies. No pude contenerme, lloré con un dolor que no se parecía a ningún llanto anterior. Era el llanto de la verdadera pérdida, la pérdida de todo de una sola vez. No lloraba por las paredes, sino por mi

vida que se había ido con ellas. ¿Cómo podía comprender que la casa con la que siempre soñé regresar ya no existía? ¿Cómo aceptar que mis recuerdos, mis objetos pequeños que creía que me esperarían, habían terminado todos en un instante? Las fotos, los libros, los regalos, incluso las cosas más simples que amaba… todo se convirtió en cenizas.

Sentí que no solo había perdido la casa, sino también la esperanza del regreso. La esperanza a la que nos aferrábamos como a un salvavidas se derrumbó de repente. Ya no había a dónde volver. La casa que decíamos que nos esperaba ya no estaba, la calle que bullía de vida era escombros, incluso el olor del lugar que guardábamos se perdió con el humo del incendio.

Desde ese día la tienda dejó de ser un refugio temporal, y se convirtió en la única realidad. Ya no vivíamos esperando volver, sino con la dura conciencia de que nos habíamos

quedado sin hogar. Llevábamos la casa solo en nuestra memoria, la dibujábamos en nuestra imaginación, la evocábamos en nuestros sueños, pero la realidad no nos permitía más que paredes de tela y un techo de plástico que se deterioraba bajo la lluvia y el sol.

La casa no era solo paredes, era nuestra historia, éramos nosotros. Y cuando fue destruida, sentimos que una gran parte de nosotros también se destruyó. Ya no quedaba un lugar que nos protegiera, y el regreso dejó de ser posible. Vivíamos en tiendas, pero en nuestro interior sabíamos que nos habíamos convertido en " **casas sin muros**"

El asedio del cuerpo y del alma

Era como si el mundo entero hubiera decidido cerrarnos las puertas de golpe. No era solo el estruendo de las bombas lo que nos aprisionaba; hasta lo más básico de la vida se había convertido en un sueño lejano. Primero se apagó la electricidad, luego desaparecieron el agua y el internet, y de pronto nos vimos arrojados a un silencio absoluto. La ciudad entera quedó atrapada en una burbuja de aislamiento: sin teléfonos, sin redes, sin voces que cruzaran de una casa a otra. El universo se redujo al pequeño círculo de la familia, apretados unos contra otros, como si quisiéramos convencernos de que seguíamos existiendo.

Desde ese primer instante comenzaron a clavarse las preguntas: ¿de dónde sacaremos agua? ¿qué comeremos? ¿cómo se sostendrán nuestros días? Repartíamos las tareas

como quien reparte su último aliento. Uno se lanzaba a las interminables filas de agua, bajo un sol despiadado, rodeado de cientos de cuerpos exhaustos. A veces regresaba con las manos vacías porque el agua se había acabado antes de su turno, y con cada fracaso la sed mordía más hondo en nuestras gargantas. Otro cargaba bidones para el aseo, caminando largas distancias, regresando con apenas lo necesario para un solo día. Mi padre, en cambio, arriesgaba su vida en las colas de las panaderías: allí la multitud se empujaba como en una batalla por la existencia, todos ansiando un pedazo de pan, aun sabiendo que no habría suficiente para todos. Las plantas desalinizadoras habían parado, las panaderías cerraban una tras otra, y lo poco que quedaba apenas podía alimentar la sombra de una ciudad hambrienta.

La vida se volvió una cadena de pequeñas batallas. Conseguir agua para beber, encontrar leña para encender el fuego, mantener viva la

llama, cocinar sobre ella, lavar platos y ropa. Cada acto cotidiano se transformó en un esfuerzo desmesurado que devoraba lo que nos quedaba de fuerzas. Era como si hubiésemos sido arrastrados siglos atrás. Pasábamos días enteros en los que el único alimento era la nada, y nuestras sombras adelgazaban al mismo ritmo que nuestros cuerpos. Caminábamos torpemente, arrastrando pasos que parecían anunciar un derrumbe inevitable.

Recuerdo jornadas en las que lo único que bebimos fue agua salada. La llevábamos a los labios fingiendo que nos sostenía, cuando en realidad solo intensificaba la sed. Los desmayos se multiplicaban, las noticias de hospitalizaciones eran frecuentes, y la muerte dejó de ser una excepción para convertirse en visita habitual. Corríamos tras las cocinas de caridad, empujándonos por una bolsa de harina, por una simple lata de frijoles. Y mientras esperábamos, recordábamos con amargura que

alguna vez vivimos con dignidad, sin que nos faltara nada. Ahora nuestro mayor deseo era apenas un bocado que nos mantuviera de pie.

El verano trajo consigo un calor insoportable. Con escasos productos de limpieza, las tiendas se convirtieron en un nido de bacterias y enfermedades de la piel. Grandes y pequeños sufrían erupciones, heridas sin cura, picores que no cesaban. Buscábamos medicinas y no había; buscábamos desinfectantes y solo encontrábamos silencio. Cada día las enfermedades crecían como una sombra, y con ellas la certeza de que estábamos muriendo lentamente, de que la muerte se nos colaba en la sangre con sigilo.

La vida se redujo a una sola pregunta: ¿cómo sobrevivir hoy? El mañana había dejado de existir, el futuro se había borrado. Todo lo que importaba era un sorbo de agua, un trozo de pan, una manta contra el calor o el frío. Lo que para otros era lo más elemental,

para nosotros se había transformado en lucha, en humillación.

Escribo estas palabras en medio de la guerra, respirando la miseria en cada rincón. Aún seguimos persiguiendo agua, comida, medicinas, cualquier rastro que nos recuerde que la vida puede ser digna. Y me sigo preguntando: ¿cómo puede el ser humano ser reducido hasta este punto? ¿Cómo es posible que los derechos más básicos se conviertan en batallas épicas? ¿Cómo es que cuerpo y alma puedan ser sitiados a la vez, hasta dejar al hombre reducido a un espectro que cuelga apenas de un hilo frágil?

La medicina imposible

En Gaza, enfermar no significa solo dolor físico: es también una pregunta existencial. ¿Seguiremos vivos hasta encontrar un medicamento? ¿Puede sostenerse la vida en un lugar donde se prohíben los medios más básicos de tratamiento?
La medicina en Gaza no es ciencia aplicada en hospitales modernos, sino un milagro diario, una lucha para salvar vidas con instrumentos rotos, recursos inexistentes y un tiempo que siempre se agota antes de que lleguen los auxilios.

Al entrar en un hospital de Gaza en tiempos de guerra, no te recibe un cartel ni la sonrisa de una recepcionista, sino el olor a sangre, los gritos de los heridos y los rostros exhaustos de los médicos. Las camas son pocas, los medicamentos escasos, los generadores funcionan sin descanso porque la electricidad está cortada. Las salas de operaciones

se desbordan de heridos; los médicos de urgencias trabajan sin dormir, sin comer, sin certeza alguna de poder salvar cada mano amputada o cada niño que se desangra.

El médico aquí no es solo médico: a veces es enfermero, otras es paramédico, y otras es guardián en la puerta que intenta contener a la multitud. En cada instante debe tomar decisiones morales insoportables: ¿a quién salvar primero?, ¿a quién mantener con respiración asistida?, ¿a quién hacer esperar?, ¿y a quién anunciarle a la familia que no volverá? Cada decisión cuesta una vida.

Gaza está bajo asedio, y los medicamentos lo están con ella. Decenas de fármacos esenciales han desaparecido: medicinas para el corazón, el cáncer, la diálisis renal, los antibióticos, incluso los analgésicos más simples. A veces un herido logra llegar, el médico logra operarlo… pero no existe antibiótico para frenar la infección, y el paciente muere

después, no por la bomba, sino por la escasez.

Los enfermos de cáncer esperan permisos para salir a tratarse en el extranjero. Muchos mueren antes de recibir respuesta. Niños nacen en incubadoras sin suficientes respiradores, y abandonan el mundo antes incluso de que sus nombres sean registrados.

Ambulancias que no alcanzan… y que no llegan

El socorro en Gaza es una aventura contra la muerte. En zonas bombardeadas, las ambulancias no pueden entrar fácilmente; a veces se les niega el paso, a veces ellas mismas son atacadas. Muchos mueren desangrados en las calles porque nadie pudo llegar a tiempo.

El paramédico en Gaza no lleva solo un maletín de auxilio: lleva un corazón de hierro. Corre bajo los drones, se inclina sobre los cuerpos para buscar

un pulso, y vuelve de noche a casa preguntándose: «¿Hoy salvé lo suficiente?»

Las heridas que no se ven

Bajo este asedio hay otro tipo de medicina imposible: la del alma. Las heridas más profundas no siempre están en los cuerpos, sino en los corazones y en las mentes. Miles de niños sufren traumas, ataques de pánico, terrores nocturnos, incontinencia, silencios interminables. Madres lloran porque sus hijos solo logran dormir al escuchar el zumbido de los aviones; el miedo se ha convertido en condición del sueño.

Pero los psiquiatras en Gaza no bastan, y una sociedad que apenas logra tratar fracturas y hemorragias no encuentra medios ni tiempo para curar las fracturas invisibles del espíritu.

De los momentos más desgarradores en los hospitales: ver a alguien morir en cuidados intensivos porque el único

respirador ya estaba ocupado. Escuchar a una madre llorar porque no consiguió un medicamento para su hijo. Oír a un médico admitir con crudeza: «En otro lugar, él se habría salvado.»

Esta es la medicina imposible en Gaza: esfuerzos heroicos en un mundo estrangulado. Detrás de cada paciente hay una historia, detrás de cada historia un dolor, detrás de cada dolor un médico intentando apagar el fuego de la muerte con las manos vacías.

En Gaza, cada médico es un resistente, cada enfermera una heroína, cada medicamento que entra, un milagro. Ser tratado aquí es experimentar la vida en medio de lo imposible. Y mientras persista el asedio, la medicina seguirá siendo un acto de fe: fe en que la curación es posible, incluso cuando todo está en contra.

La medicina aquí no es solo para salvar el cuerpo: es para salvar la

dignidad. Y cada herida que cicatriza en Gaza es una pequeña victoria contra un mundo que permitió que este asedio continuara.

Voces que no callan

La noche dejó de ser noche, y el día dejó de ser día, desde que los sonidos comenzaron a llenar el espacio a nuestro alrededor sin tregua. El zumbido de los aviones nunca desaparecía: se deslizaba por el aire como un hilo fino, tensado al límite de la ruptura. Sabíamos que siempre estaba encima, vigilándonos incluso cuando intentábamos ocultar el miedo. Luego venía el estruendo de la artillería, como golpes violentos contra las puertas de la tierra, como si quisiera abrirlas para desatar todo lo que esconden de muerte y destrucción. Después, el silencio entero se derrumbaba bajo el peso de las explosiones que desgarraban el alma en pedazos y dibujaban en el cielo un destello fugaz , suficiente para sembrar el terror en los pechos.

Estos sonidos se repitieron hasta volverse parte de nuestra vida cotidiana, indistinguibles ya del soplo

del viento, del llamado a la oración, o del susurro de los árboles. Llegamos a reconocerlos como reconocemos nuestros propios rostros, distinguiéndolos sin pensar: el zumbido leve de un dron de reconocimiento, el grito desgarrador de un proyectil, el golpe cercano de una explosión. Incluso los niños, que al principio se tapaban los oídos y lloraban de pánico, terminaron levantando la cabeza y diciendo con una calma que no correspondía a su edad: ese está lejos, ese está cerca.

Pero la costumbre no trajo alivio; fue otra forma de dolor, el dolor de que el terror se volviera rutina. Los sonidos ya no nos sobresaltaban como antes, pero comenzaron a desgastar algo dentro de nosotros, a tallar nuestros nervios lentamente. Hasta nuestro silencio cambió: dejó de ser verdadera calma para convertirse en ansiedad encarnada, en espera tensa del próximo estallido. Porque el ruido, aunque se apagara un instante, siempre regresaba más fuerte, como si

la tierra se negara a concedernos un respiro.

El efecto psicológico era más duro que cualquier destrucción material. Temblábamos por dentro incluso cuando estábamos sentados en quietud. Nuestro sueño se hizo fragmentado, nuestras pesadillas impregnadas de un estruendo inextinguible. Cada vez que cerrábamos los ojos, el eco de las explosiones nos perseguía, como si habitara en nuestras mentes y no solo en el aire. Algunos llegaron a escuchar sonidos incluso en su ausencia, como si el oído hubiera olvidado el sentido del silencio, como si el silencio mismo se hubiera convertido en otro ruido igual de aterrador.

Bajo este estrépito constante, dejamos de ser los mismos. Hablábamos en voz baja, nos movíamos con pasos medidos, como si toda nuestra existencia marchara al compás de la guerra. Y hasta cuando nos atrevíamos a reír un momento para

robarle un instante al cansancio, la risa salía entrecortada, quebrándose pronto con el primer estallido.

Esos sonidos no sitiaron solo el lugar: sitiaron nuestras almas. Nos enseñaron que el miedo puede encarnarse en el aire, vivir con nosotros y mezclarse con nuestra respiración. Y con cada día que pasaba, con cada proyectil que caía, comprendíamos que nunca saldríamos de esta experiencia siendo los mismos, y que las voces de la guerra seguirían habitándonos incluso si un día callaran los cañones.

Los rostros de los ausentes

Los rostros que amamos dejaron de ser solo imágenes en la memoria; se convirtieron en los rasgos de una ciudad entera que cada mañana se rehace en forma de ausencia. Nosotros, los que quedamos, caminamos entre los nombres como quien deambula en un cementerio abierto, rozamos el aire con la esperanza de que nos responda una mano conocida, que de las grietas surja una sonrisa, o que una sombra nos salude desde lejos. En la guerra, el presente se condensa hasta volverse asfixiante, pero solo el pasado se convierte en el aire posible: una risa grabada en un teléfono, un vestido colgado que nunca se estrenó, un libro con anotaciones de un examen, una taza de café que su dueña no alcanzó a finisher. Así aprendemos a velar objetos mudos, a colocar coronas sobre asientos vacíos.

El primer rostro en desaparecer fue el más cercano a mi corazón: mi compañera de universidad, cuya risa aún resuena en los pasillos. Esa mañana me llamó para preguntar: «¿Cómo están?»; y de pronto la voz se cortó, como si unas tijeras hubiesen cercenado el hilo entre nosotras. No comprendí el sentido del silencio hasta que la noticia cayó como una flecha: una bomba borró toda la manzana, no quedó casa, ni balcón que diera testimonio. Nos dijeron que familias enteras habían sido borradas de los registros, y la suya entre ellas. Lloré como si el corazón pudiera escaparse entre las costillas; lloré la amargura de lo repentino: ¿cómo puede desvanecerse una vida en un segundo, y quedar suspendida en el teléfono una última llamada como ventana abierta al viento?

En los días siguientes, el duelo corría más rápido que nuestra capacidad de nombrarlo. Los nombres llegaban en ráfagas: en los móviles, en los

cuadernos, en los labios de la gente, más veloces que cualquier rito de despedida. Abríamos los ojos al amanecer y hallábamos un mensaje nuevo; los cerrábamos un instante, y otro nombre reclamaba su turno. El tiempo ya no alcanzaba para una lágrima completa; apenas inclinábamos la cabeza sobre un nombre, lo alzábamos al pecho, y enseguida otro pedía su porción de tristeza. El dolor se parecía a una riada arrasando todo a su paso: casas, callejeros, almas en vilo, hasta dejarnos apenas piedras mojadas por un llanto tardío.

Luego llegó la noticia que aún no sé poner en palabras: mi tía y todos en su casa. Nadie pudo sacarlos de entre los escombros. La impotencia levantó un muro infranqueable entre nosotros y la despedida; nos quedó guardarlos intactos en el corazón: con sus rasgos minuciosos, con las risas en la azotea, con el aroma del pan que nunca fallaba. No llevamos féretros, no caminamos en procesión, no

arrojamos tierra sobre hombros que conocíamos de memoria. En ese vacío aprendimos una oración nueva: alzar el rostro al cielo y decir «Paz con ustedes», y escuchar al viento soplar entre las ruinas como si llevara nuestro mensaje.

La pérdida no llega con una sola cara. Mi prima, de mi misma edad, compartía hasta mis sueños más pequeños: la universidad, el trabajo, la ilusión de escribir nuestros nombres en los muros de la patria sin miedo. Su madre preparaba el vestido de boda, midiendo mangas con una sonrisa; una esquirla alcanzó la tienda de campaña vecina y todo se apagó. También las telas guardan memoria: un hilo blanco detenido en la aguja, un diente metálico brillando sin función, un botón esperando un dedo que nunca vendrá. Cuando murió, sostuvimos el vestido como quien quisiera forzar al tiempo a retroceder. La trampa no funcionó, y el vestido quedó como testigo de una cita que no se celebrará.

Desde lejos llegaba otra noticia parca pero lacerante: «Salió a buscar harina para sus hijos… y no volvió.»
Lo imagino recorriendo el camino de regreso, el saco al hombro, la cabeza inclinada bajo el sol, dos niños en la puerta aguardando su voz en la escalera. A veces no nos queda más que completar sus historias en su nombre: entrar en la fila, dejar el saco en el umbral, repartir el pan, volver a casa antes del anochecer. Luego despertamos para descubrir que el relato se interrumpió en la realidad al primer estallido.

Los funerales bajo bombardeo son como cruzar un hilo sobre un abismo. Cementerios abiertos a toda prisa, multitudes disueltas antes de formarse, oraciones reducidas a un murmullo breve, rostros temerosos mirando más al cielo que al féretro. La entrada al cementerio es restringida, se prohíbe la reunión, y nos queda sepultar a los nuestros en pedazos de tiempo escasos, aplazar el llanto a habitaciones sin ojos. Cuando no

hallamos tumbas que coincidan con sus nombres, les inventamos un lugar en el corazón: una esquina con una foto, una cinta negra en un estante, una línea en un cuaderno escondido bajo las almohadas. Ya no llevamos coronas; llevamos nombres, y los repetimos como quien reza letanías.

En la ciudad fatigada de luto, cada casa tiene un tono de ausencia. Ningún barrio carece de una silla vacía al caer la tarde, de una taza de té intacta, de una llave sin puerta. Las casas arrasadas no solo dejan desaparecidos: derriban genealogías enteras de golpe, como árboles viejos arrancados de raíz. Ya no queda anciano que cuente la historia, ni niña que herede el nombre de la abuela. Entonces nos sacude una pregunta desnuda: ¿quién escribirá la vida de los que se fueron, si borraron al testigo y al narrador al mismo tiempo?

La guerra nos devuelve a la infancia frente a una pregunta sin respuesta: «¿Quién será el próximo?»

Caminamos como quien lleva un vaso lleno en las palmas temiendo que se derrame, nos despedimos con la incertidumbre de un encuentro indefinido, dormimos guardando nuestros nombres bajo la almohada para que no se pierdan si la ausencia se prolonga. Y aun cuando la mañana nos concede una tregua, despertamos como quien recibe un regalo efímero: un día más bajo un cielo que no promete nada. Sabemos que hemos sobrevivido apenas un instante; ignoramos qué detalle nos será escrito al caer la tarde.

Y sin embargo, la ausencia no pasa de largo. Descubrimos que la presencia es más fuerte de lo que creemos: viven entre nosotros de formas insospechadas. Mi amiga cuya voz se cortó sigue apareciendo en fotos grupales en la universidad, en un artículo de periódico con sus palabras, en cuadernos donde dejó referencias para una investigación que nunca escribirá. Mi tía enciende la lámpara de la cocina cada vez que se corta la luz,

abre la ventana de la terraza en la fragancia de la mañana, llama a los niños por su nombre como siempre. Nuestra prima la novia se prueba el vestido en el espejo cada vez que vemos brillar una tela blanca, y ríe con la última broma que contó una semana antes. El hombre de la harina camina a nuestro lado en las filas del pan, nos enseña paciencia, y seca nuestro sudor en las puertas del horno.

Incluso los funerales que no celebramos se realizan solos en la memoria. Organizamos multitudes, caminamos en silencio entre dos hileras de árboles que sobrevivieron al fuego, depositamos flores, recitamos oraciones en voz suficiente para que escuche quien quiera escuchar. Sabemos que los ritos quedaron incompletos afuera, y los completamos dentro: damos a cada nombre su momento de pie, a cada rostro su oportunidad de aparecer, a cada mensaje truncado un final digno. Lo que las manos no alcanzaron, lo cumplieron las almas.

Pero la memoria no es solo un féretro hasta el final de la página; es también una bandera. Los que se van nos dejan una tarea ardua: llevar su historia sin adornos, rescatarla de un número frío en un noticiero vespertino. Decimos: este nombre prefería el té al café, siempre olvidaba las llaves, reía con tanta fuerza que lloraba, planeaba un viaje corto después del examen. Lo decimos porque la muerte, por seria que sea, necesita un detalle pequeño que devuelva al ser humano su humanidad. Así nos negamos a rendirnos al conteo vacío, y abrimos ventanas para los nombres en las casas, asientos en las aulas, versos en los cuadernos.

En las noches de bombardeo más feroz, deletreamos nuestros nombres como si levantáramos un cerco a su alrededor. Los escribimos en papeles pequeños, los organizamos en álbumes virtuales, los susurramos antes de dormir como un pacto provisional con la vida. Cargamos

nuestras almas en las palmas, sí, pero junto a ellas llevamos las de quienes se adelantaron: iluminan el camino en la oscuridad, señalan los pasos seguros entre las ruinas, nos dicen sin voz: «Caminen… estamos con ustedes.»

Cuando amanece, entendemos que la dádiva llegó de nuevo: otro día. Lavamos los rostros con poca agua, preparamos un té más ligero de lo habitual, nos intercambiamos miradas largas que dicen todo sin palabras. No sabemos qué traerá la jornada, pero ensayamos la resistencia a cada uno de sus rostros. Ordenamos el corazón "como ordenan las viudas los enseres de la casa tras un largo duelo": devolvemos las sillas a su lugar, abrimos balcones al aire, y dejamos en la mesa una silla de más para quien regrese de improviso en un sueño.

Los rostros de los ausentes no desaparecen; avanzan cuando retrocedemos, completan una risa interrumpida, cierran un libro caído,

arropan al niño que se durmió cansado al anochecer. Y cuando el cielo baja su telón, salen uno a uno de las fotos para quedarse en la puerta, acariciarnos con ternura invisible y decirnos: «No hemos terminado. Estamos aquí, en lo que hacen, en lo que dicen, en lo que escriben.» Entonces comprendemos que la ausencia no es el opuesto absoluto de la presencia, sino su otra forma: un gesto que se oculta para volverse más hondo, una voz que calla afuera para escucharse más clara dentro.

Así, cuando contamos nuestros nombres antes de dormir, añadimos también los de quienes partieron; no porque temamos alcanzarlos pronto, sino porque se han vuelto, misteriosamente, parte de nuestro número. Ninguna casa queda vacía de los que se amaron, mientras en las esquinas haya una sombra que conozca el camino, mientras en la oscuridad una mano halle otra mano, aunque sea hecha de recuerdo. Nosotros, los que quedamos,

cargamos la ciudad como un libro de páginas rotas, intentando leerlo a la luz tenue, prometiendo reescribirlo cuando el cielo vuelva a abrirse. Y hasta que llegue ese día, seguiremos llamando a los ausentes por sus nombres, no para que regresen —sabemos lo que no se recupera—, sino para que sigan con nosotros como puedan: luces pequeñas sobre senderos embarrados, señales secretas que cada mañana nos susurran: aún queda espacio en la vida para un paso más.

Niños bajo los bombardeos

En cada guerra, siempre hay quienes pagan el precio más alto sin haber tomado decisión alguna ni empuñado un arma: los niños. Seres pequeños en edad y vastos en inocencia, se convirtieron de repente en el combustible de un mundo sin piedad. Al mirar sus rostros entre los escombros, uno comprende que la guerra no son solo proyectiles: es una máquina inmensa que destroza el futuro antes de que nazca.

Los niños fueron los primeros en desconcertarse cuando retumbaron las explosiones. En los primeros días corrían hacia sus madres llorando, se tapaban los oídos con sus manitas como si pudieran hacer desaparecer el estruendo. Algunos preguntaban con ingenuidad: *«¿Por qué está enojado el cielo?»* Y no teníamos otra respuesta que estrecharlos contra el pecho, ocultar nuestras lágrimas y

susurrar palabras tranquilizadoras que en el fondo sabíamos inútiles. Poco a poco, con la repetición de los bombardeos, comenzaron a tratar aquellos sonidos como parte de su rutina: levantaban la cabeza hacia el cielo para identificar el tipo de avión, intentaban distinguir si la explosión había sido cerca o lejos. No era una experiencia para celebrar, pero era su manera de sobrevivir.

Los sueños que llevaban en los cuadernos escolares se rompieron con rapidez. Ya no había pupitres ni pizarras, ya no había maestros ni timbre matinal. Las escuelas se transformaron en refugios, o en montones de ruinas de donde aún se levantaba el polvo. Ayer escribían: *«¿Qué quieres ser cuando seas grande?»* y las respuestas variaban entre médico, ingeniero o profesor. Hoy, la única respuesta es: *«Quiero seguir vivo.»* En sus ojos ya no brillaba la chispa de la ambición, sino sombras apagadas de un miedo desconocido.

Los juegos también se esfumaron de golpe. El balón que llenaba los callejones de gritos y risas se convirtió en un trozo chamuscado bajo los escombros. La muñeca que acompañaba a una niña en su sueño desapareció entre las piedras, y solo quedó su vestido rasgado. Incluso los columpios improvisados por los padres con cuerdas y maderas simples dejaron de existir: algunos se hicieron pedazos bajo el fuego, otros permanecieron colgando, balanceándose solos en el aire, como buscando los pies que ya no llegarían. Los niños caminaban entre las ruinas cargando sus sueños rotos, escarbaban en la tierra por restos de sus juguetes, como los adultos buscaban restos de sus hogares.

Y aun así, la inocencia no desapareció por completo. Los niños eran capaces de robar un instante de risa en medio de la destrucción. Vi a uno dibujar un tanque en la pared derrumbada, pero lo pintaba con colores vivos y le

dibujaba encima un sol sonriente. Otro recogía piedritas y con ellas levantaba "casitas" en el suelo, como reconstruyendo su ciudad a su manera. Algunos corrían tras una cometa hecha de una bolsa plástica, lanzándola al cielo gris y lleno de humo como si insistieran en plantar un color diferente en un horizonte sombrío.

Pero el impacto de la guerra calaba más hondo que cualquier risa robada. Niños que estaban acostumbrados a dormir en calma comenzaron a estremecerse con cada ruido. Muchos gritaban en sueños, empapados en sudor, despertando de pesadillas imposibles de explicar. Algunos quedaron mudos, sentados durante horas con la mirada fija en un punto lejano, como si vieran algo que nosotros no podíamos ver. Perdieron su espontaneidad de golpe, y sus rasgos se parecían más a los de adultos que a los de niños.

Cada casa en Gaza tiene la historia de un niño transformado. Un pequeño que

perdió a su padre y empezó a hacer preguntas más grandes que su edad. Una niña que vio a su madre ser sacada de entre los escombros y desde entonces se niega a dormir sola. Niños que antes corrían felices por las callejuelas ahora se sientan en las esquinas de las tiendas, esperando pan y agua con rostros pálidos. Es como si la guerra les hubiera robado la infancia y les hubiera dejado solo un cuerpo pequeño cargando una tristeza demasiado grande.

Y sin embargo, siguieron siendo el retrato de la inocencia. A veces corrían detrás de los convoyes de ayuda, agitando sus manitas como si despidieran al mundo o le suplicaran. Compartían un pedazo de pan con la misma alegría con la que antes compartían un caramelo. Reían cuando encontraban algo simple: una piedra en forma de corazón, una pluma de pájaro, un trozo de madera que parecía un juguete. Y cada vez que los mirábamos entendíamos que el espíritu humano es más terco que la

muerte, y que la inocencia puede brotar incluso en tierra quemada.

Pero la pregunta queda suspendida en el aire: ¿qué futuro espera a estos niños? ¿Cómo crecerán aquellos que aprendieron desde sus primeros años que el cielo no ofrece refugio, que las casas no resisten, que el juego puede terminar en un segundo con un estruendo atroz? ¿Quién les devolverá lo perdido? ¿Quién reparará lo quebrado dentro de ellos?

Cada vez que los veo comprendo que la guerra no mata solo con cuerpos: deja cicatrices invisibles en las almas. Los niños bajo los bombardeos son un libro abierto sobre la inocencia desgarrada: ríen a pesar del dolor, dibujan a pesar de la destrucción, sueñan aunque todo alrededor intente convencerlos de que los sueños son imposibles. Pero insisten en dejar una huella que diga: la infancia aún puede sobrevivir, aunque sea entre las cenizas.

La fiesta que no llegó

En Gaza, las fiestas no se miden por el calendario, sino por la vida misma. Quienes esperan el Eid saben que no es una fecha astronómica, sino un instante raro de alegría en una existencia donde todo se ha asfixiado. Pero este año, el Eid no llegó. Se quedó atrapado en las puertas de los campamentos, perdido entre las sirenas y el eco de las explosiones. Sus adornos cayeron bajo los escombros, y sus cánticos se desvanecieron en el estruendo de los aviones.

Conocíamos bien el sabor particular del Eid: los cánticos del amanecer, la ropa nueva, los rostros radiantes de los niños, las visitas de los familiares, el aroma de las galletas en los barrios, y las risas que llenaban las casas a pesar de la pobreza. El Eid era una breve pausa del peso cotidiano, una oportunidad diminuta para recordar

que somos humanos, que merecemos la alegría.

Pero la guerra lo cambió todo.

Cuando llegó la mañana del Eid, la gente no salió a la oración, sino a buscar familiares bajo las ruinas. No se repartieron dulces, sino retratos de mártires. Los niños no fueron a jugar, sino que hicieron fila por agua y pan. Este año, el Eid fue pálido, sin voz, sin brillo, sin vida.

Algunas familias abrieron las maletas donde habían guardado la ropa nueva de los niños, con la esperanza de alegrarlos. Pero ellos no quisieron ponérsela. “¿Por qué vestir mi ropa nueva si mi hermano ha muerto?”, dijo una niña mirando su vestido rosa que su madre había elegido semanas antes de la guerra.

Los cánticos del Eid que solíamos repetir al amanecer, este año se escucharon en los funerales. El takbir se mezclaba con el llanto, y en vez de

decir “Feliz Eid”, susurrábamos: “Que Dios les dé paciencia”. En cada calle había una casa de luto; en cada tienda de campaña, un niño esperando a un padre que nunca volvería.
Hasta los regalos del Eid se transformaron: de monedas a oraciones, de juguetes a súplicas. Ya no preguntábamos a los niños: “¿Qué quieres para el Eid?”, sino que decíamos: “Que Dios los proteja”.

Vi a un niño caminar descalzo entre los escombros, buscando los restos de su juguete roto. Le pregunté: “¿Dónde está tu ropa del Eid?” Contestó: “Se quemó con nuestra casa.” Y luego sonrió: “Pero estoy bien, seguimos vivos.” Sus palabras fueron la única forma de Eid que sentimos.

En Gaza, el Eid no llegó, pero lo seguimos esperando. Su ausencia fue un espejo que reflejó la condición de una ciudad que aún grita al mundo: *“Aquí estamos, también queremos alegrarnos.”* Cada madre soñaba con vestir a sus hijos con lo mejor que

pudiera, cocinar lo que tuviera, regalar un trozo de chocolate, escuchar una risa que no interrumpiera un avión.

Pero este Eid, no llegó.

Y aun así, no perdimos la esperanza de su regreso. El Eid vendrá, aunque tarde. Nacerá de entre los escombros, colgaremos sus adornos en los postes de las tiendas, repartiremos dulces en los cementerios, y les diremos a los mártires: “El Eid está aquí, y ustedes siguen en el corazón, en las oraciones, en la memoria.”

Mujeres de Gaza

En el corazón de cada guerra, hay rostros que permanecen en pie aunque todo a su alrededor se derrumbe. En Gaza, fueron las mujeres quienes se convirtieron en la columna vertebral que cargó sobre sus hombros lo que hasta las montañas no pudieron sostener. Bajo los bombardeos, entre tiendas de campaña, en las filas de pan y agua, y en los funerales de sus seres queridos, la imagen de la mujer gazatí se reveló como un ícono de resistencia indestructible.

Las mujeres de Gaza no fueron solo víctimas, fueron guardianas de la vida. Las vi llenar el vacío cuando faltaban los hombres, cargar niños en brazos agotados y arrastrar sacos de harina por caminos polvorientos como si llevaran el mundo entero consigo. Encendían fuego con leña húmeda para hornear pan, y convertían un puñado de lentejas en un banquete para los niños hambrientos. Cada una

de ellas era como un pequeño Estado por sí misma: mantenía el hogar en pie y protegía lo poco que quedaba de la vida.

La madre que perdió a su hijo no se derrumbó; se mantuvo erguida, secó sus lágrimas con una mano temblorosa y abrazó a sus otros hijos para que no se perdieran con ella. Cuántas madres enterraron a sus hijos con sus propias manos y luego regresaron a la tienda de campaña para repartir el pan que les quedaba entre los vecinos, como diciendo: “La vida debe continuar, incluso si el cielo nos ha abandonado.”

Había mujeres que salían a los caminos a buscar agua, cargando cubos pesados bajo un sol despiadado, caminando kilómetros para mantener vivas a sus familias. Otras esperaban durante horas en las filas de las panaderías, empujadas entre multitudes, murmurando oraciones en silencio para que no cayera un proyectil sobre ellas.

Vi mujeres tejer esperanza de la nada. Una de ellas fabricó una muñeca para su hija con un trozo de tela vieja, ató unos hilos, dibujó un rostro sonriente y le dijo: “Aquí está tu nuevo juguete.” Otra reunió a los niños en la tienda y les contó historias antiguas sobre los abuelos, el mar y las naranjas, para que olvidaran por un momento los aviones que nunca abandonaban el cielo.

Incluso en medio de la pérdida, fueron murallas de paciencia. Los funerales de los hijos se celebraban apresuradamente, bajo las bombas, pero las voces de las mujeres no eran silencio: eran ululatos mezclados con lágrimas, una combinación de orgullo y dolor, un mensaje que decía que la muerte no asusta a quienes dieron la vida.

Las mujeres de Gaza eran también corazones cansados que sangraban en silencio. Ningún cuerpo escapó al agotamiento, ningún corazón escapó a la tristeza. Muchas se sentaban de

noche en las esquinas de las tiendas llorando en voz baja, escondiendo sus rostros de los niños, dejando escapar lágrimas que no se atrevían a mostrar de día. Pero al amanecer se levantaban de nuevo, se cubrían la cabeza con un trozo de tela y salían a enfrentar otro día en busca de vida.

No era una heroicidad artificial, era instinto de supervivencia. La mujer gazatí no eligió ser un muro, pero la guerra la puso en la primera línea, y allí fue muro, fue sombra, fue la última guardiana de todo.

En los callejones de los campamentos, se sentaban juntas, compartiendo el pan como compartían las penas. Una de ellas decía: “Seguiremos aquí, no morimos todas,” y las demás reían con una risa triste, limpiando sus lágrimas con una mano mientras con la otra abrazaban a un niño tembloroso.

Y pese a todo, seguían cantando. Sus voces se elevaban incluso por encima del estruendo de los cañones. De

noche entonaban súplicas y cánticos, y de día sembraban las tiendas con frases tranquilizadoras para los niños refugiados en sus brazos. Era como si sus voces fueran el último lazo que unía a los pequeños con la idea de que existe vida después de tanto infierno.

Las mujeres de Gaza no eran solo madres, esposas o hermanas. Eran una patria en miniatura que caminaba sobre dos pies. Cada una era memoria, guardaba los nombres de los mártires y llevaba sus fotos en el corazón. Cada una era una historia, narrando lo vivido para que no se perdiera en el olvido.

Y al final, cuando preguntemos: ¿cómo siguió Gaza en pie? La respuesta estará en la imagen de esas mujeres que permanecieron sobre los escombros, con la cabeza en alto, horneando pan en el fuego, contando cuentos a los niños y enterrando a sus seres queridos con manos temblorosas, pero con corazones que nunca se quebraron.

Las mujeres de Gaza son el espíritu que ni el bloqueo pudo sofocar ni la guerra pudo matar. Son la lección que enseña al mundo que la verdadera fuerza no es un arma, sino un corazón que sabe cómo proteger la vida en medio de la devastación.

Fragmentos de Esperanza

Entre montones de escombros, donde el polvo se mezcla con la sangre y el sonido de los aviones eclipsa todo lo demás, la esperanza a veces nace de las cosas más simples. En Gaza, la esperanza no era un gran eslogan ni un largo discurso, sino un trozo de pan partido entre dos hambrientos, un cubo de agua que pasaba de mano en mano, o la sonrisa de un niño que aún no había perdido su capacidad de reír.

En aquellos días duros, cuando desaparecieron la electricidad, el agua y los alimentos, y cuando la vida parecía colgar de un hilo muy fino, surgieron momentos que confirmaban que el ser humano puede seguir siendo humano incluso en las circunstancias más crueles. Pocos vehículos llegaban desde fuera del barrio cargados con tanques de agua, se detenían en las calles y repartían a todos sin distinción. Veíamos a la

gente agolparse, pero al mismo tiempo compartían lo que conseguían con una extraña justicia. Uno llenaba una pequeña botella y, antes de beber, la entregaba a su vecino, como diciendo: “Tu supervivencia es la mía.”

La comida no abundaba, era tan escasa que apenas existía. Sin embargo, cada casa extendía la mano con lo poco que tenía. Un plato de lentejas se repartía entre tres familias, un solo pan se cortaba en diez porciones, y una niña pequeña guardaba medio dátil en su bolsillo para dárselo después a su hermano menor por la noche. Compartíamos todo, porque comprendimos que la vida no podía continuar si cada uno se aferraba a lo poco que le quedaba.

Al caer la noche, cuando la oscuridad envolvía todo y desaparecían las formas más mínimas de comodidad, las tiendas se transformaban en pequeños hogares de cariño. Una mujer cocinaba lo que podía y enviaba un plato a la tienda de los vecinos. Un

hombre repartía los últimos trozos de leña que tenía para que las mujeres encendieran fuego. Los niños se reunían y jugaban con juegos improvisados, corrían entre las tiendas y reían, despertando la sorpresa de los mayores: ¿cómo podía nacer la risa en medio de tanta tragedia?

La esperanza también estaba presente en las palabras de las oraciones. Los ancianos, con voces cansadas, levantaban las manos al cielo y decían: "Mañana será mejor." Nadie sabía cuándo llegaría ese mañana, pero el simple hecho de creer en él era suficiente para mantener vivos los corazones.

Vimos hombres rescatando a desconocidos, mujeres abrazando a niños que no eran suyos, y jóvenes dedicando horas a organizar las filas para evitar el caos. Aunque la guerra nos despojó de todo, no pudo arrancar de nuestros corazones la capacidad de dar.

Yo veía la esperanza en los pequeños detalles: en una mano que sostenía a un anciano al cruzar los escombros, en un pedazo de pan partido en dos, en una palabra amable dicha a un niño que lloraba en la noche. Vivíamos de esas astillas, pequeñas pero brillantes, como restos de luz que caían del cielo en llamas.

Y a veces, la esperanza aparecía como una risa inesperada. Un niño encontraba una pelota rota y comenzaba a patearla entre las tiendas; poco a poco se le unían decenas de pequeños, riendo a carcajadas que hacían a los adultos olvidar por un instante sus pensamientos. Incluso los funerales, celebrados apresuradamente, llevaban consigo una extraña mezcla de dolor y orgullo, y las voces de las mujeres no eran solo llanto: eran ululatos mezclados con lágrimas, como si dijeran: “No podrán destruir toda nuestra vida.”

Todo esto nos hizo comprender que la esperanza no muere, ni siquiera en el corazón de la muerte. Tal vez no teníamos casas, ni suficiente comida, ni sabíamos si despertaríamos al día siguiente, pero teníamos la certeza de que ese mañana existía y de que Dios nos concedería un día más.

Esos “fragmentos de esperanza” estaban esparcidos por todas partes: en la sonrisa de una anciana que perdió su hogar pero seguía agradeciendo a Dios, en la risa de un niño corriendo entre las ruinas, en la mano que compartía un bocado con un hambriento, en la tienda que reunía a extraños convertidos en familia. Y de esos fragmentos construimos una vida como ninguna otra, una vida que nos enseñó que ni las circunstancias más duras pueden matar nuestra humanidad, ni impedir que nuestros corazones sueñen con que el mañana pueda ser mejor.

El silencio del mundo

Esperábamos que nuestra voz llegara más allá de nuestras fronteras, que el mundo escuchara los gritos de los niños bajo los escombros, que se detuviera un instante ante las imágenes de sangre y destrucción. Pero lo único que recibimos fue silencio. Un silencio denso, asfixiante, más cruel que el sonido de los aviones. Descubrimos que el mundo tiene la capacidad de verlo todo, pero elige apartar la mirada, como si Gaza fuera apenas una escena pasajera en una película que no le concierne.

Cada día veíamos cómo los noticieros resumían nuestra historia en unos minutos: “Decenas de muertos”, “cientos de heridos”, “miles de desplazados”. Solo cifras leídas con frialdad, sin rostros ni nombres, sin historias ni detalles. Hablaban de nosotros como si fuéramos estadísticas inertes, no seres humanos con almas y sueños. Gritábamos: “No

somos números, somos vidas enteras", pero el mundo no escuchaba.

Sentimos la traición de los países que proclaman derechos humanos durante el día y guardan silencio ante nuestra masacre durante la noche. ¿Cómo puede una organización decir que protege a los niños mientras los niños de Gaza caen uno tras otro? ¿Cómo puede un mundo que se dice civilizado permanecer espectador frente a las masacres? No pedimos lo imposible, solo que detuvieran esta locura, que intervinieran para salvar vidas. Pero la respuesta fue un silencio prolongado, un silencio que parecía complicidad.

Afuera, ven a Gaza como una "zona de conflicto", apenas una noticia política repetida en los canales. Nadie sabe que Gaza son casas pequeñas llenas de amor, mercados rebosantes de vida, escuelas que vibraban con las voces de los niños. Nadie imagina que detrás de cada foto de un niño mártir había una madre esperándolo en la puerta y un padre que soñaba con

verlo crecer. Nadie entiende que cada casa destruida guardaba memorias, fotos familiares, libros, risas y secretos. El mundo solo ve ruinas, pero no quiere escuchar la historia completa.
Esperábamos una palabra, solo una palabra sincera que aliviara nuestra soledad. Pero eligieron el lenguaje de la neutralidad, como si la sangre palestina valiera menos. Muchos pueblos expresaron su rabia, pero los gobiernos se escondieron tras comunicados vacíos, sin vida. Declaraciones “preocupadas”, “que llaman a la calma”, como si la masacre fuera un simple desacuerdo pasajero.

En medio de la devastación nos preguntábamos: “¿No somos también seres humanos? ¿No tenemos derecho a vivir en paz?” Pero no encontramos respuesta. La guerra desenmascaró la hipocresía del mundo. Cada niño que caía mártir lanzaba una nueva pregunta: “¿Dónde están? ¿Por qué nos dejan morir? ¿No hay un solo corazón que lata por nosotros?”

Mi mensaje al mundo, al escribir estas palabras, es que nos miren con los ojos de la verdad, no con los de la política. Que comprendan que Gaza no es una noticia pasajera, sino una herida abierta en la conciencia humana. Que entiendan que su silencio nos mata dos veces: una con las bombas, y otra con la indiferencia.

A quienes me escuchan: no pedimos lástima, ni queremos lágrimas derramadas en las pantallas. Lo que exigimos es justicia. Que nuestras vidas sean tratadas como las de los demás, que nuestros gritos se valoren como los de sus propios hijos, que nuestra sangre se considere sangre humana, tan digna como cualquier otra.

Escribimos desde el corazón del fuego, enviamos nuestras voces a pesar del cerco, con la esperanza de que lleguen a alguien cuyo silencio aún no lo haya corrompido, a una conciencia que no se haya rendido al miedo ni al interés.

Queremos que el mundo sepa que seguimos aquí, viviendo a pesar de la muerte, soñando a pesar del asedio, creyendo a pesar de la traición.

“El silencio del mundo” no nos apagó, nos volvió más firmes. Pero la historia no olvidará. Escribirá que Gaza resistió y que el mundo calló. Escribirá que los niños fueron asesinados mientras las grandes instituciones emitían comunicados vacíos. Escribirá que la humanidad fue puesta a prueba… y que falló ante los ojos de todos.

Quizás mi voz llegue a alguien que tenga el poder de actuar. Quizás llegue el día en que se rompan los muros del silencio y las voces de la verdad se eleven por encima de todo el ruido. Hasta entonces, seguiremos escribiendo, narrando, llevando nuestras heridas como testimonio de que el mundo nos traicionó, pero nunca logró destruir nuestra fe en que la justicia, un día, llegará.

El Arte de la Resistencia

Cuando se cierran las puertas, cuando el asedio se estrecha y cuando el miedo se convierte en el aire que respiramos, el arte sigue siendo la única ventana que nos abre a la vida. En Gaza, el arte nunca fue un lujo ni un pasatiempo secundario; fue un acto de supervivencia, un medio para preservar la identidad y una voz que desafía a la muerte. Entre el ruido de los aviones y los escombros, siempre nace otra voz: el acorde de un viejo laúd, un poema escrito con las lágrimas de su autora, o un dibujo hecho por un niño con trozos de carbón sobre un muro destruido.

El arte aquí no es solo colores sobre un lienzo, es resistencia. Cuando un niño dibuja una casa llena de colores en medio de las ruinas, está diciendo al mundo: *“Mi hogar volverá.”* Cuando una joven toca el violín mientras las explosiones sacuden las paredes de su tienda, está

proclamando que la música es más fuerte que las bombas. Cuando un poeta se sube a los escombros de su casa y recita versos sobre la resistencia, siembra más esperanza en los corazones que decenas de discursos políticos.

La pintura… muros que cuentan lo que las palabras callan

Los muros de Gaza no son muros silenciosos. Son cuadernos abiertos donde las historias se escriben con color y símbolo. He visto a jóvenes artistas cargar con botes de pintura en las escasas horas de calma, ponerse frente a restos de un muro agotado y transformarlo en un mural. Dibujan rostros de mártires, ojos de niños, flores rojas entre cenizas y alas blancas que desafían las cadenas. Cada mural en un muro destruido es un grito que dice: “No moriremos, seguiremos aquí.”

Una niña que perdió su casa tomó un lápiz roto y comenzó a dibujar sobre un cartón viejo. Dibujaba una casa con grandes ventanas y un jardín lleno de flores. Le pregunté: “¿De quién es esa casa?” Respondió con sencillez: “Es nuestra casa cuando volvamos.” En su dibujo había una fe que ningún avión pudo destruir.

La música… una melodía que calla la guerra por un instante

La música en Gaza es un milagro cotidiano. Un joven toca el laúd entre los escombros de las casas, y niños cantan en las tiendas para disipar la soledad de la noche. Una vez, un joven que había perdido a su hermano se sentó frente a su tienda, tomó su guitarra desgastada y comenzó a cantar con voz ronca: “Seguiremos aquí…”. No cantaba solo para sí, sino para todos los que lo escuchaban. Incluso los aviones, en ese momento, parecían detenerse a escuchar.

En los callejones de los campamentos a veces resuenan pequeños tambores en manos de niños, que entonan canciones tradicionales aprendidas de sus madres y abuelas. Esas canciones no son solo entretenimiento: son un puente con la identidad, una prueba de que la guerra, por larga que sea, no puede robar el latido de la tierra de sus corazones.

La poesía… un idioma que sobrevive cuando todo se derrumba

Gaza está llena de poetas. Aquí, las palabras se escriben con lágrimas y con sangre. En cada casa de un mártir hay un poema inconcluso; en cada tienda de desplazados hay un poeta en silencio buscando palabras. La poesía es la memoria que no puede ser bombardeada.

Recuerdo a una amiga mía que escribía poesía desde la secundaria. Perdió su casa y a su padre en una sola noche, pero no dejó de escribir.

Escribió un poema en una hoja escolar arrugada que encontró entre los escombros. Sus versos decían: “Si destruyen las paredes de mi casa, no destruirán mis palabras. Si rompen mi pluma, escribiré con mi sangre.” Cuando lo recitó ante nosotros, sentimos todos que su poema era un nuevo refugio que nos abrigaba, aunque fuera solo por un instante.

El arte como identidad… una memoria imborrable

El asedio intenta que olvidemos quiénes somos, que renunciemos a nuestras señas y a nuestra cultura. Pero el arte nos devuelve lo que intentan robarnos. Las canciones tradicionales, el bordado palestino, los cuentos populares narrados por las abuelas, son otras formas del arte de resistencia. Cuando una mujer viste un thobe bordado con hilos rojos y negros, le dice al mundo: “Soy Palestina, y no borraré mi identidad.”

He visto mujeres en los campamentos bordando con hilos de colores sobre telas blancas, pese al hambre, al miedo y a la falta de tiempo. Decían que cada puntada era un grito contra el olvido. El bordado no es solo adorno, es un arte que narra la historia de una tierra, la historia de un pueblo, una identidad que no se quiebra.

Sonrisas de colores entre las cenizas

Incluso en los momentos más duros, el arte nace como una sonrisa. Un niño dibuja un tanque, pero le pone encima una flor. Otro dibuja un misil, pero le añade alas hasta convertirlo en un pájaro. Esa inocencia, esa imaginación pura, es un arte de resistencia silencioso, pero más fuerte que cualquier consigna.

El mensaje

El arte de la resistencia en Gaza no es un lujo, es una “vida alternativa” que construimos con nuestras manos para

enfrentar a una muerte impuesta. Es la voz que dice: “No somos víctimas silenciosas, somos seres humanos que soñamos, creamos y damos.” Es la prueba de que la identidad no se borra con bombardeos, y que el espíritu no se rompe, por más duro que sea el asedio.

Aquí, el arte no es solo un mural en un muro, es un muro de resistencia. No es solo una canción, es una patria hecha de melodías. No es solo un poema, es una memoria eterna.

El lenguaje bajo el asedio

En Gaza, no sólo la geografía está sitiada, también lo está el lenguaje. Las palabras mismas cambian bajo el impacto de los bombardeos y se someten a pruebas de supervivencia, al igual que los seres humanos. Bajo el asedio, las palabras no se dicen de la misma manera, ni se escriben con la misma calma; el lenguaje se convierte en un acto de resistencia, en una forma de firmeza, que lucha por no ser borrado, por no ser olvidado, por no ser distorsionado.

En tiempos de guerra, el lenguaje se vuelve una herramienta de salvación, no un lujo literario. Las palabras no son adornos alineados en frases, sino gritos, mensajes urgentes, intentos de afirmar la existencia. “Estamos aquí”, “Aún no hemos muerto”, “Soñamos a pesar de todo” — ya no son consignas, sino frases grabadas en la memoria de los escombros.

El poeta escribe sobre sus mártires no sólo para llorarlos, sino para dejar constancia de ellos. El niño grita el nombre de su madre entre los restos, y la palabra se convierte en un arma contra la desaparición. Las mujeres claman los nombres de sus hijos, manteniendo sus voces vivas en la multitud de la ausencia. El lenguaje en Gaza no es sólo un medio de expresión, sino un medio de supervivencia.

El lenguaje en las escuelas que ardieron

Cuando las escuelas se incendiaron, no ardieron solo los muros, también ardieron con ellas los cuadernos del lenguaje, los sueños de los pequeños de escribir su primera letra, los relatos del primer grado, los poemas que los maestros pedían memorizar. Pero lo extraño es que el lenguaje no desapareció, sino que emergió de entre las cenizas.

Los niños comenzaron a escribir en las cajas de ayuda humanitaria, en las paredes de las tiendas, a veces en sus propias manos. Una niña escribe la frase “Quiero volver a mi escuela” en el muro de su carpa, y un niño escribe el nombre de su padre mártir en la arena para no olvidarlo. Todos estos son intentos de recuperar lo que la guerra robó: nuestras voces, nuestra memoria, nuestro lenguaje.

El lenguaje de los medios… entre la verdad y la traición

En el exterior, la historia de Gaza se transmite en un lenguaje diferente. El sufrimiento se reduce a frases frías: “enfrentamientos”, “intercambio de fuego”, “muertos”. Palabras vacías de calor, que no expresan el dolor real, que borran las verdades y reescriben la narrativa en un idioma neutral hasta la traición.

Nosotros, en Gaza, también combatimos ese lenguaje. Escribimos nuestra historia en nuestras propias

palabras, contamos nuestra narrativa desde dentro; no esperamos que nadie nos conceda un relato “neutral”. En tiempos de asedio, incluso el lenguaje es invadido y remodelado según los intereses de quienes poseen el micrófono.

El lenguaje como documento de vida

Cada palabra que escribimos en Gaza es un documento de vida. Un mensaje que una madre deja en una caja de pan para su hija: “Sé fuerte, volveré”. Una nota que un joven escribe en la pared de su casa antes de que sea bombardeada: “Aquí vivía mi familia”. Un poema escrito en la oscuridad, memorizado porque el papel escasea y el tiempo es demasiado corto para desperdiciarlo.

El lenguaje bajo el asedio se vuelve austero, se contrae, se condensa, pero no muere. Es como los habitantes de Gaza: herido pero no quebrado. Llora, pero nunca deja de decir: “Aquí estoy”.

De las palabras nacen las naciones

En Gaza, la letra es resistencia. La palabra es un arma. El poema es una tienda. El lenguaje no es un lujo, sino una necesidad; es lo último que poseemos cuando lo hemos perdido todo. Es la cuerda de salvación con la que atamos nuestros corazones para que no se hundan en un mar de tristeza. Es el puente que nos conecta con quienes no han vivido la guerra, pero que pueden alcanzarnos a través de las palabras.

El lenguaje bajo el asedio se vuelve más puro, más sincero, porque se pronuncia bajo el fuego, no en salas climatizadas. Por eso, cada palabra que nace en Gaza merece ser leída dos veces: una como literatura, y otra como testimonio de que la vida aún resiste, y que la voz todavía se escucha, aunque sea en un susurro tenue.

Lo que no se dijo

En cada guerra, se dicen muchas cosas: comunicados, cifras, informes, consignas e imágenes que llenan las pantallas. Pero lo más importante de lo que se dijo es lo que no se dijo.

Lo que no se dijo sobre Gaza no es solo lo que los medios omitieron o la política ignoró, sino lo que la dignidad enterró en los corazones de la gente, lo que las gargantas tragaron para no estallar frente a los hijos. Lo que no se dijo es ese silencio largo que envuelve los campamentos por la noche, el silencio que esconde miles de historias que no encuentran espacio en un noticiero de dos minutos.

Lo que no se dijo sobre los padres

No se dijo que los padres en Gaza a veces lloran, pero lo hacen en secreto. Detrás de la tienda, en un rincón oscuro, o cuando el cielo se oscurece

y nadie puede verlos. No se dijo que uno de ellos tuvo que vender el anillo de bodas de su esposa para comprar leche para su hijo, y que otro pasó la noche caminando por las calles solo porque no podía enfrentarse a su familia con la noticia de que la comida se había acabado.

No se dijo que hay quienes sienten vergüenza porque no pueden dar una manta a sus hijos, o porque ya no tienen nada que ofrecer cuando el vecino les pide ayuda. Se dice que la guerra es injusta, pero no se dice desde este lugar: el lugar de un hombre que quiere ser sostén, pero está atado por la necesidad.

Lo que no se dijo sobre las mujeres

No se dijo que las mujeres en Gaza no duermen hasta asegurarse de que todos estén bien. Arropan a los niños, apagan el fuego, ordenan una tienda que ya no cubre de nada, y se sientan en un silencio que esconde un peso

inmenso en el corazón. No se dijo que una de ellas no comió durante dos días para dejar la comida a sus hijos, y que otra ocultó sus lágrimas después de que el techo de su tienda cayera sobre su vestido de novia viejo.

No se dijo de las madres que se ponen sonrisas falsas para decir a sus pequeños: “No tengan miedo, todo está bien”, mientras el miedo devora sus costillas en silencio. Se dice que la mujer es fuerte, pero nadie sabe que esa fuerza se ejerce cada día en silencio, sin cámaras, sin aplausos.

Lo que no se dijo sobre los niños

No se dijo que los niños dejaron de hacer preguntas, no porque lo entendieran todo, sino porque comprendieron que nadie tenía respuestas. No se dijo que un niño de nueve años se levanta para comprobar si su tienda aún sigue en pie, o que otro enterró su juguete roto bajo la tierra porque no tenía con qué arreglarlo.

No se dijo que la única risa puede nacer de una pelota de papel, o de un cuento contado por la abuela a la luz de las velas. Se dice que los niños olvidan rápido, pero nadie menciona que la memoria de la guerra queda grabada en sus detalles, aunque aún no sepan escribirla.

Lo que no se dijo en los medios

Lo que no se dijo es que la “tregua” no significa seguridad, que la “ayuda” no significa vida, y que el “intercambio de fuego” no te explica qué significa abrazar a un hijo mientras escuchas el misil acercarse sin saber si ese abrazo será el último.

No se dijo en los titulares que hubo quienes murieron porque nadie escuchó sus gritos, o porque la llamada se cortó mientras pedían auxilio. No se dijo que hubo casas de las que nadie escribió al caer, porque no tenían un nombre conocido o un rostro famoso. Solo nombres que se

disolvieron bajo los escombros, y rostros que lo significaban todo para sus familias, pero nada para el horario del noticiero.

Lo que no mostraron las cámaras

Las cámaras no mostraron el momento en que una madre limpia el polvo del rostro de su hijo mártir y le dice: “Eras el más hermoso”. No mostraron la mano de un niño temblando mientras escribe en la pared de la tienda: “Extraño a mi papá”. No mostraron cómo un padre lleva el cuerpo de su hijo en una bolsa de plástico porque ya no quedaban ataúdes, ni cómo una familia divide un plato de lentejas en cuatro comidas.

Todo eso no se muestra, porque no es “material mediático”. Es solo vida ordinaria en un tiempo que no lo es, detalles que no generan interés, pero que son la verdad pura.

Lo que no se dijo en las oraciones

En cada tienda hay una oración no escuchada. No se dijo cuántas veces dijo la abuela: “Oh Dios, protégelos”, cuántas veces murmuró el padre: “No me dejes en vergüenza ante mis hijos”, y cuántas veces susurró la madre: “Señor, no permitas que entierre a mi pequeño con mis propias manos”.

Esas oraciones no se transmiten en altavoces, no se difunden en vivo, pero forman un escudo invisible que envuelve todo el campamento y le da una resistencia inexplicable.

Lo que no se dijo sobre la noche

Por la noche, el silencio se alarga. Los sonidos se apagan, pero el corazón no descansa. No se dijo que dormir no llega fácilmente en el campamento, y que cada ruido lejano parece una explosión. No se dijo que la ansiedad precede a los sueños, y que lo que

más desean las personas por la noche es simplemente que la noche pase.

En las ciudades del mundo, la noche es para descansar. En Gaza, la noche es otra prueba. Las luces no se apagan porque se cortó la electricidad, sino porque los corazones están agotados del cansancio.

Lo que no se dijo en los libros

No todas las historias han sido escritas. No se escribió la historia del niño que esperó a su padre en la puerta del campamento, ni la del joven que escondió su anillo de compromiso en una caja rota de galletas, ni la del hombre que lo perdió todo menos su voz y empezó a contar a la gente lo que ellos no podían expresar.

Aquí los escritores no son profesionales. Son personas que vivieron lo indescriptible y lo escriben como pueden: en un cartón, en las paredes, o en la memoria. Cada historia contada aquí salva algo del

olvido y proclama: lo que no se dijo… era lo más importante.

Lo que no se dijo… es todo

Lo que no se dijo es la vida con todas sus contradicciones. Es la verdad sin adornos, la paciencia sin aplausos, la muerte sin testigos, y la vida sin luz.

En Gaza, lo que no se dijo llena el vacío entre una frase y otra, entre la imagen y la realidad, entre lo que escuchamos y lo que sabemos que no se dice. Y eso es exactamente lo que mantiene viva esta historia: que siempre hay algo que no se ha dicho aún… y que algún día se dirá, cuando llegue el momento.

Cuando el corazón se levanta de las cenizas

Después de todo lo que hemos vivido, después de la destrucción, el hambre, el desplazamiento y la pérdida de los seres queridos, queda la gran pregunta: ¿cómo sigue latiendo el corazón cuando se ha convertido en cenizas? ¿Cómo se levanta de entre los escombros para proclamar que la vida aún es posible?

Gaza no es solo una ciudad, es un corazón. Y este corazón ha aprendido a ser golpeado, sitiado y desangrado, pero nunca ha dejado de latir. Nosotros, quienes vivimos bajo su cielo, sabemos que cada atardecer sangriento trae consigo un amanecer, y que la noche, por muy larga que sea, siempre da paso a la mañana, aunque sea sobre los fragmentos de una casa destruida.

Somos hijos de esta tierra; aprendimos que resistir no es una opción, sino un

destino. Cada piedra rota se convierte en testigo, cada gota de sangre en bandera, cada lágrima en un río de fuerza. Y aunque enterremos nuestros pequeños sueños bajo los escombros, sabemos que esta tierra volverá a florecer.

Escenas inolvidables

He visto muchos rostros grabados en mi memoria. Una niña pequeña sostiene su muñeca rota y sonríe aunque su casa ya sea cenizas. Una madre hornea pan en leña para alimentar a los hijos de los vecinos que ya no tienen madre. Un joven que perdió a toda su familia se levanta con una excavadora para retirar los escombros de sus vecinos. Estas escenas no son pasajeras; son la prueba de que el corazón se levanta cada vez que se cree que ha terminado.

La esperanza como un hilo delgado

La esperanza en Gaza no es una elección, es lo que nos mantiene vivos cada día. Nos aferramos a ella como quien se aferra a un madero en medio de un mar embravecido. La esperanza es lo que nos hace decir: “Volveremos”. Es lo que hace que los niños dibujen casas de colores vivos aunque la realidad sea gris. Es lo que nos empuja a levantar una nueva tienda después de que la anterior fue bombardeada.

La esperanza es creer que esta tierra, a pesar de toda la destrucción, florecerá un día. Que los aviones se irán, que el sonido de las explosiones será solo un recuerdo lejano que contaremos a nuestros nietos como una historia de resistencia.

El último mensaje

Al lector, a todo aquel que lea estas páginas: Gaza no es solo un titular en

las noticias, ni una cifra que aparece en las pantallas. Gaza es la historia de personas, de rostros, de sueños, de risas y de lágrimas. Gaza es un espíritu indomable, un corazón que no muere.

Podrías pensar que esta historia termina en la última página, pero no ha terminado. La guerra sigue, el sufrimiento aún no se ha levantado. Cada día vivimos un nuevo capítulo que aún no se ha escrito. Cada día hay nuevos mártires, casas destruidas y niños que pierden sus sueños. Pero también, cada día hay corazones que se levantan de las cenizas, proclamando que el mañana es posible, que la vida, pese a todo, no es derrotada.

Esta no es la conclusión. Si seguimos vivos, continuaremos escribiendo la historia, llenaremos las páginas venideras con relatos de resistencia y de victorias sobre el dolor. Y si nuestra vida termina, les pedimos que recen por nosotros, que carguen con nuestra

historia, que sean testigos de que no desaparecimos de la memoria.

Gaza permanecerá, aunque todas sus casas se conviertan en escombros. Permanecerá en nuestros corazones, en nuestra sangre, en cada palabra que hemos escrito. No fuimos creados para ser vencidos; fuimos creados para ser el testigo eterno de que el ser humano es más fuerte que la guerra.

Cierra ahora esta página, pero recuerda:
La historia aún no ha terminado…

“Gaza Resiste”

“Gaza resiste” no es solo una novela sobre la guerra, sino un testimonio vivo desde el corazón del fuego. Páginas que llevan las voces del pueblo, las lágrimas de los niños, la resistencia de las mujeres y el dolor de la partida. La historia de una ciudad que se sostiene entre la muerte y la vida, entre las cenizas y la esperanza... Para que el mundo sepa que Gaza, a pesar de todo, sigue latiendo.

NOVELA

GAZA RESISTE